colección rúbrica

FERNANDO NOVALBOS SÁNCHEZ

• • • •

TODO ES AIRE MENOS TÚ

esstudio
ediciones

1

Hasta ese día, nadie hubiera imaginado que a Mía y Hernán les iba a suceder algo tan extraordinario, cuando tan solo eran dos motas de polvo con el corazón palpitante, envueltos en un torbellino de melancolía.

Entonces ignoraban si desde ese momento dejarían de tener relaciones artificiosas sin necesidad de penetrar el aura de cualquier sueño estrafalario. Estaban muy habituados a repeler el daño de los golpes; y, al desperdiciar la oportunidad, no habría próxima vez. Así que, sin replegarse a opciones pasadas, eligieron la correcta.

Una serie de carambolas consumió los primeros recursos, y la tierra comenzó a girar bajo sus pies, cambiando el presente de sus vidas por completo.

Tenían que cruzarse, sin advertir hasta qué punto.

Todo ocurrió con rapidez; y a semejante velocidad, tardarían muy poco en darse cuenta de que iban a manejarse con tanta naturalidad como fluidez. Bien es cierto que pasarían separados algún tiempo debido a la crudeza de la distancia, concederían nombres inventados a muchas cosas e incluso irían desalentados en busca de la pureza, con tal de entender su significado real.

El comportamiento de Hernán era el de una persona débil: comía lo justo para permanecer en pie, se conformaba con el almuerzo y algún que otro café durante la tarde con tal de engañar al estómago hasta que llegara la noche. Su fragilidad dependía de

circunstancias parejas a sus sentimientos, no podía perder el compás. Si se daba la vuelta y se distraía, las cosas que tenía delante podrían desaparecer de golpe y, sin saber que Mía pasaba por una época dificultosa, aceptarse según quién era sería lo apropiado no solo para él, sino también para ella.

Hernán, un ciudadano gentil, solitario y amable, adelantó el regreso de su viaje a Roma unos días antes de la fecha señalada; cabe pensar que por intuición y necesidad. Todo tras un periodo en el que aprendió a no dar nada por sentado, ni siquiera los pensamientos que circulaban por su cabeza. Durante esa época resultaba imposible no fijarse en los ojos de la gente con la que se cruzaba. El fogonazo de complicidad le ayudaba a dar tono a su vida; pero, lejos del colorido, andaba sumergido bajo una losa puntillosa y adversa. Podría haber seguido como estaba, manejar la situación a su antojo, controlar espacio y tiempo; sin embargo, un instante de lucidez sirve para iluminar muchos rincones muertos. Desde este encuadre, veía las cosas de forma distinta; y, como sabemos, las cosas no siempre son como uno quiere, sino como se presentan, una reflexión donde apoyarse de forma coyuntural. En realidad, luchaba por tener las cosas claras, pero antes tendría que fusionar las heridas para reconducir la historia a una nueva posición. No se trataba de una ilusión artificial; ambos empezaron a sentir sus manos calmando el decaimiento de sus vidas. Después de atravesar muchos vacíos dolorosos, obviar la debilidad y ser otras personas sería el antídoto perfecto para enterrar la depresión que tantas veces los puso nerviosos.

Hasta que llegara el momento adecuado.

Ese mismo día, Mía pasó la noche sin pegar ojo y, aunque Hernán no supo nada del suceso hasta pasado un tiempo, puso en valor

escenas tan ceremoniosas como las que estaba sufriendo dentro de sí. Fueron sucediendo acontecimientos, sincronicidades no reveladas y curiosidades de toda índole, tantos que llegaron a renunciar a cualquier protocolo profesional, dando comienzo una llanura llena de altiplanos, donde estaría esperándoles el centro de sus mundos comunes, tal vez la verdadera necesidad que siempre habían ansiado. Ya no les importaba lo más mínimo lo que opinaran los demás, y se acostumbraron a vivir con lo imprescindible con tal de estar juntos.

Los obstáculos no eran tantos como podría parecer.

Hernán sigue viviendo en una casa de renta antigua en el barrio de La Latina de Madrid. Amante del cine y de la literatura, escribe guiones y, a pesar de ser el vecindario una plaga ruidosa para su concentración que le da muchos quebraderos de cabeza, lo arregla rascándose el cráneo, con tal de seguir a lo suyo.

No todos son como él, y se siente a una distancia enorme de ellos.

Mía vive en una casa con vecinos variopintos, su relación no pasa del saludo formal: «buenos días, buenas noches». No necesita más, y esto le hace ser tan auténtica como ella misma desea.

Distinta a los demás.

2

Mía sale a airearse después de pasar la noche angustiada y sin pegar ojo. La vida la desborda, y le da por llorar. Nada más levantarse, piensa en preparar una maleta e irse cuanto más lejos mejor, pero cavila con sensatez y lo deja estar. Sabe de la importancia de quedarse donde está, y por nada del mundo perderá el anillo de su eslabón. La banalidad gratuita la asusta y entiende que, estando iluminada, tiene donde resguardarse antes de dar un paso en falso.

Desciende por la escalera de la estación del Metro de Atocha. Bajan junto a ella unos jovencitos peligrosos; se cuelgan unos encima de otros como si fuese un juego de niños pequeños. La gamberrada resulta una infantilización temeraria que la hace retroceder, se aleja, busca un banco y se sienta a la sombra de un árbol para tener algo de tranquilidad. En cierto modo, acontecimientos de este tipo le desfiguran los pómulos, pero suele pasar un rato hasta que logra estar más alegre.

Le viene a la cabeza la premonición de la que se hace inseparable a todos los efectos. El pensamiento le da alas para organizarse de nuevo, conque se levanta tranquila y, con la sobreexcitación a cuestas, se acerca a una zapatería en busca de un calzado cómodo. Tiene los tobillos embotados, pero la acción sigue su curso y presagia un día largo. El escaparate entreabierto del local está cubierto por unas finas cortinas de seda por las que reluce la luz y, a pesar de la poca decoración, se siente como en casa. La dependienta, amable y de trato fácil, escucha sus planes con atención y le propone comprar un calzado cómodo para socorrerla.

—Así podrás contrarrestar los dolores.

—Sí —responde Mía sin más dilación.

Una vez de nuevo en marcha, recuerda una frase de Josef Ajram, un escritor español de padre sirio y madre española. Pasea por la cuesta de Moyano, la calle más leída de Madrid. Cuando la corona, localiza una librería frente a la estatua de Pío Baroja, apoya el cuerpo en la fachada y lee: «*Soy de la cuesta*». Pasa dentro y, buscando libros de años atrás, la tendera, que ve sus ojos perdidos en un montón de títulos, se acerca y pone uno de Yasmira Reza en sus manos: *Felices los felices*, una obra basada en relaciones extramatrimoniales, sadomasoquistas, insatisfacciones sexuales, rupturas, fantasías consumadas, decepciones y también finales felices.

El único fin para equilibrar su estado actual.

Lo compra.

Con el libro en su poder, vuelve a la entrada del Metro por la que descendió antes. Ahora la suerte se alía con ella: los gamberros han desaparecido y, además, encuentra el vagón sin pasajeros que la molesten.

La frase de Josef Ajram dice: «*Ver a alguien leyendo un libro que te gusta es ver a un libro recomendándote a una persona*».

Hernán, sin acompañarla de forma física, viaja a su lado. Se supone que no deja de mirarla y le hace la caricia que tanto empieza a necesitar. Sin siquiera haberle oído hablar, tiene su voz metida en los tímpanos y, en contra de su temperamento desmesurado, descubre en su tono tierno una sensibilidad semejante a la suya. Quizá el lugar donde quiere estar y que, a la par de un sitio de confort, parece el espejo donde puede mirarse sin trampa ni cartón.

Con el pretexto de engancharse a la lectura, estación a estación, Mía mete las manos entre sus muslos para calentarse las palmas de las manos. Sin embargo, intuye que en la fijación invisible habita un universo paralelo al suyo; nada la aflige, pero la causa desobedece al

momento, y viaja siendo incapaz de leer una sola línea del libro. El placer la atrapa y va lanzada, pero combatir una postura de tal calado provoca una crispación inaguantable que, con el silencio retumbante de los vagones, no logra contrarrestar. Hasta que todo empieza a tomar sentido, incluso sus dudas íntimas. La situación, ya de por sí rocambolesca, también parece una cabronada. Sabe que dentro de las pasiones dispersas existe un nexo plegado sobre uno mismo y, pese a que la antítesis a esta palabra ofrece significados descabellados, tendrá que pasar por ellos con tal de no defraudar a sus principios.

Cuando abandona el subterráneo, se halla sola rodeada por el mundo. De forma asombrosa, Hernán se evapora cuando la calle del Prado va a reventar de gente, así que Mía elige seguir su itinerario caminando bajo la sombra de una larga fila de árboles.

El regusto cambia su parecer reciente, hasta el extremo de perpetrar todo con verdadera destreza. Se libera de lazos y ciñe su estado al hilo del que no se suelta, disfruta de sus dotes naturales, sin miedo a peligros externos, tan minuciosa en su aplicación que se siente capacitada para despertar el interés en muchos vecinos que, por otra parte, le importan muy poco. En realidad, habita en una especie de museo; no es estúpida, ni su corazón patoso —aun pareciendo haberse despistado con la teórica ausencia de Hernán—, tampoco puede arrugarse ante la sucia mirada de las personas a las que dedica poca consideración, hasta que encuentra el valor justo a lo que acontece y en un tris entiende los motivos por los que ha padecido semejante ceguera, sobre todo después de convivir dentro de una sala llena de arte.

A la vez que Mía descansa en la fachada de la librería, Hernán apoya su espalda en un lugar bastante concurrido por los visitantes a la ciudad: la casa donde Góngora, antagonista literario de Quevedo,

vivió en el barrio de Las Letras de Madrid. En esta época, Hernán, director artístico del Ateneo, presenta un certamen cinematográfico sobre la obra de Luis Buñuel, aparte del típico coloquio con protagonistas vivos de las películas proyectadas.

Hoy tocó *Tristana*.

La película, basada en la obra de Benito Pérez Galdós, hace las delicias de los asistentes.

Bajo el balcón de una fachada amarilla, Hernán espera la llegada del grupo de asiduos al ciclo. Los del corrillo se han convertido en incondicionales a la ceremonia, intiman con cosas personales de cierta importancia y, luego, cada uno a su destino. Para Hernán, el sentido de supervivencia resulta trascendental, y esta gente le aporta la confianza suficiente donde apoyar alguna de sus debilidades artísticas. Cuando llegan a la cervecería *El diario*, la quedada se hace corta; es viernes y la mayoría tiene su vida propia, así que pronto despejarán el corro. Hernán sale con cautela, se despide calurosamente de casi todos. El cansancio hace mella y, aunque el grupo le dedica una ovación amable, dispone volver caminando hasta la puerta de su casa, cuando más de uno se ofrece para acercarle en coche y llegar antes.

Este día, Hernán tiene idéntica sensación a la de Mía y, como sigue preso en su celda, quiere saber cómo alcanzará su liberación. La realidad es que anda por el mundo con su desvelo a cuestas y, de momento, pese a que nadie se lo pueda revelar, sus ojos derrochan una claridad pletórica que debería destilar para descifrar el sitio donde se encuentra su mirada opuesta. Baja por la calle del Prado, la misma calle por la que sube Mía. Ni la virtud de una casualidad tan grande ni cualquier otro intento por evitar un instante incomparable pueden apagar la calentura explosiva de una llama que empieza a gestar el espacio que va estrechándose. Al cruzarse, Mía avanza impecable con todos sus sentidos alerta, algo encomiable después de

que pocos minutos antes detuvo el paso y fue incapaz de leer una sola línea del libro que compró. En el fondo no pone mucho interés en los primeros párrafos, pero la cita de Jorge Luis Borges la deja prendada, así como la fotografía, y se dispone a quitar la antigua foto del perfil de su teléfono móvil para colocarla y pasar a ser el principio de lo que convertirá su vida en el fin de su nueva identidad.

La mirada no es la típica de cualquier mortal, deposita algo innombrable dentro de ellos, vuelven sus cabezas en pleno movimiento, observándose con auténtica fijación, mientras la llama arde en sus pechos acelerados y se pierden entre la multitud hasta no se sabe cuándo.

La frase de Borges dice: «Felices los amados y los amantes y los que pueden prescindir del amor. Felices los felices».

3

Mía piensa que para seguir avanzando por el camino que la separa de Hernán, sin necesidad de persistir en historias extrañas, tendrá que echarle imaginación. Después de anclar sus ojos a su mirada, ha prosperado mucho, pero las señales del día anterior transforman su vida de tal forma que considerará el veredicto como el fallo al que debe atenerse una vez metida en harina.

Su capacidad ilusionante, más entusiasta que otra cosa, le despeja la cabeza de malos pensamientos y, lejos de cualquier motivo aledaño a la abstracción, penetra dentro de ella un factor positivo que la hace recapacitar.

Ya no puede equivocarse.

De todas formas, ante la conjetura de los hechos, nada advierte si un fogonazo de semejante envergadura será suficiente para despegar la reticencia de sus labios. Muere por gritar a los cuatro vientos la virtud de su emoción, cuando tal vez lo más adecuado sería aguantar la tentativa hasta llegado el momento. La elección conjuga a la perfección con el perogrullo y, ante una evidencia tan clara, pondrá todo su empeño con tal de gozar del pálpito de su corazón. Después de vivir sumergida bajo una bruma que le cegó los ojos, caer otra vez de forma anónima y vespertina sería como dar un manotazo a la claridad que evidencia el paso del tiempo.

Al poner los pies en el suelo, retira la sábana que le rodea el cuerpo y pone en su sitio la almohada que tiene pegada entre los muslos. Empieza a desperezarse, pero nota los ojos hinchados, así